

RELATOS Y POEMAS

Baltasar Lotroyo



Turpial. Pájaro nacional de Venezuela.

BALTASAR LOTROYO

relatos y poemas

Carboneras, 24 de julio de 2013



Casa natal de Baltasar Lotroyo

Compañero de cuerpo

(o quién soy yo)

El cuerpo que habito
lo comparto con otro hombre, soltero como yo.
Cuando nos cruzamos en la escalera
-si yo (por ejemplo) voy camino a la boca y él
(por ejemplo) hacia el corazón o la panza- ,
nos saludamos correctamente.
Pero en realidad apenas lo conozco.

De esto estoy casi seguro
(por su manera de hablar y su pinta):
Habrá nacido en un país frío
donde se lee a Whitman sin traductores,
unos veinte años o más antes de que yo primero
vi la luz y sentí la cacofonía
de mi barrio tropical.

A lo largo de los años hemos aprendido a
convivir,
y él ya sabe casi tanto español como yo inglés.
A veces
(en uno o ambos de estos idiomas)
me habla de sus dudas,
abstractas e incomprensibles.
Y yo, para agradecerle la confianza,
le canto algunos versos de ocasión
mientras me mira con cejo fruncido y sonrisa
paciente.

Y así seguimos, distantes pero próximos,
sin comprender pero casi sin pelear.
El único inconveniente es que a veces, cuando
hablo o escribo,
me toman por él.
Que no es grave, pero molesta.
Espero con estas palabras haber aclarado la
situación.

*Nueva York, 28 de agosto -
Carboneras, 23 de septiembre de 2006*

¡Agítese...

... antes de usar”, reza el cilindro de espuma de afeitar que sostiene en la mano. Sí, piensa.

“Oigo. Debería agitarme, con la que está cayendo.”

Observa intensamente el cilindro de latón con sus colores tranquilizantes azul y gris que gritan “¡Agítese!”

Sin quitar la mirada de la lata, pero dejando que esa mirada se desenfoque hasta que queda sólo una vaga nube gris y azul, se pone a registrar su consciencia. Es decir sus pensamientos más recientes y entonces los recuerdos, y las cosas leídas o vistas en la tele o en la pantalla del ordenador, más las oídas o imaginadas en el curso del trajín diario, aquí o en cualquier pueblo o desde la ventana de su casa. Y se pregunta, ¿Por qué no me siento más agitado?

No pretende agitarse por las cosas que tanto parecen agitar los redactores de los periódicos y el telediario. Las estafas de unos empresarios y los pelotazos de los políticos repugnan pero no le pueden agitar a esta altura de la vida. Son demasiado frecuentes, se podría decir rutinarios, pertenecen a la estructura misma, es decir el tejido de las relaciones entre el comercio voraz y agresivo, los jueces enchufados o manejables, y los políticos que no encuentran obstáculo para sucumbir a la tentación. Son las corruptelas necesarias para la estabilidad del sistema.

Los llamados “crímenes de género”, igualmente frecuentes, tampoco lo agitan. Le entristecen, lo deprimen, pero a menos que ocurriese delante de sus ojos, en su presencia donde tendría posibilidad de intervenir, como noticia abstracta y ajena no puede permitir que le agiten.

¿Entonces qué? Si no se agita por nada, nada cambiará.

Entonces busca más lejos en su archivo mental, entre los recuerdos más lejanos. A un tiempo en que él no sólo se agitaba, sino se enorgullecía poder agitar a los demás. En esa época en que él y sus compañeros, muchos pero no todos veinteañeros como él, corrían a los lugares más concurridos, como las calles más comerciales, las plazas públicas y estaciones del metro, el campus universitario, para repartir folletos o sorprender con gritos o detener el remolino con un instantánea y brevísima obra de teatro callejero. Era cuando él y ellos buscaban cualquier oportunidad para discutir con los que sostenían una opinión contraria, deleitando en mostrar lo absurdo de sus argumentos -a favor de la guerra, o por ejemplo, o en contra de la libertad de las mujeres o de los creyentes en alguna fe que no fuera la suya, o sosteniendo que el régimen era justo y su capitalismo dirigido el mejor camino al bienestar. ¡Uuf! Qué golpe de adrenalina le daba aplastar semejantes argumentos, convirtiendo a sus adversarios en muñecos de trapo para mostrar a todos los oyentes su falsedad, y -lo más

importante- quitarles los frenos para que empezaran a actuar por cambiar las cosas. Y él no tenía, ni la tenían sus camaradas, ninguna duda sobre cómo se debieran cambiar, de cómo sería una sociedad libre y abierta con respeto a todos. A todos, hasta a los equivocados defensores del status quo, los dejarían vivir tranquilos en sus errores siempre que no los impusieran a los demás.

Pero ahora es ahora, y han pasado años. Ahora no se agita ni agita a otros. Qué pena.

Vuelve a examinar todo lo que acaba de recordar. Piensa en el resumen que hace Hobsbawm del pensamiento de Marx y Engels y como evolucionó ese pensamiento. Y como lo extendieron y quizá lo distorsionaron los que les siguieron, en los muchos “marxismos” que tomaron distintos caminos y muchas veces se enfrentaban hasta con violencia. “Como cambiar el mundo”, tituló su libro el viejo historiador inglés. Bonito proyecto, el único que vale la pena. Y Hobsbawm instó a sus lectores a abrir una vez más las páginas de Gramsci, y él, el que todavía sostiene en la mano esa estúpida lata de espuma de afeitar, volvió a leerlas. Por nostalgia, quizá. En busca de algo perdido. El optimismo de la voluntad frente al pesimismo del intelecto.

Y se imaginaba la figura del jorobado y enfermo Gramsci, llenando sus cuadernos de reflexiones y análisis para instruir y agitar a un público imaginado que muy probablemente nunca llegaría a conocer sus cuadernos. Pero tuvo una suerte póstuma, si a eso podemos

llamarlo suerte. Su camarada Togliatti pudo salvar los cuadernos y publicarlos. Y todavía nos agitan, esas páginas sí, aunque sólo pretenden “interpretar la realidad e indicar líneas posibles de acción”.

Y el hombre con la lata de espuma reflexiona sobre su realidad que hoy hay que interpretar. Los estragos al medio ambiente global, las hambrunas en extensas regiones del planeta, la violencia suicida de los desesperados y los enloquecidos por verse atrapados en un mundo de enorme riqueza enormemente mal distribuido, los oprimidos que oprimen porque no saben o no se atreven a rebelarse contra sus opresores. Y piensa en las líneas posibles de acción.

Y entonces sonrío y agito la lata y se dispone a afeitarse.

*Publicado 06/10/2012 en la Revista Almiar,
<http://www.margencero.com/almiar/agitese/>*

Cambio de sentido

Un hombre normal, al volante de un coche normalito, agobiado lo normal por todo lo que estaba pasando y por todos los problemas personales sin resolver, de repente se despertó -¿después de un milisegundo? ¿o 3 o 4 siglos? ¿o un milenio?- conduciendo en una niebla tan espesa pero tan espesa que lo único que alcanzó ver antes de dejarlas atrás, eran unas palabras borrosas que parecían decir “CAMBIO DE SENTIDO”. Y se preguntaba si seguía en el sentido original o el contrario. Entonces reflexionó de nuevo en por qué estaba donde estaba y por qué conducía por una carretera en niebla y con un “¡Ah! Sí”, vió la solución.

(O sea, el dinosaurio ya no estaba allí.)

Intertextualidad

para el Día del Libro, 2012

Todo lector experimentado sabe, como cada nuevo lector tiene que descubrir, que los libros hablamos. Cuentan que el Inca Atahualpa estaba tan asombrado cuando supo esto, y oyó a un hombre pálido repetir lo que decía un libro, que cogió el extraño objeto para acercarlo al oído. Pero el inca no oía las voces de las letras, por mucho que sabía entender las piedras y los vientos y los intrincados signos en los tejidos y los quipus de su pueblo. Tiró al suelo el pequeño bulto envuelto en una piel extraña (que no era de llama u otro animal de los Andes). Era una Santa Biblia que le había extendido el sacerdote de Pizarro. Y con ese gesto provocó, o mejor dicho dio pretexto para todo lo que siguió: el apresamiento del inca, el desmoronamiento de su enorme ejército y la desintegración del más grande imperio de la época.

Lo que demuestra que puede salir muy caro no saber escuchar la voz de un libro.

Todo esto usted ya lo sabía, ya lo sé, pero pensaba que no le molestaría ver una vez más esa dramática escena, como no le molestaría volver a escuchar la introducción de un gran sinfonía.

Imaginemos pues esta escena de Atahualpa y Pizarro como la “obertura” de la presente pieza, para introducir sus temas : las voces y los silencios de los libros.

Bueno, como decíamos, todo lector sabe que los libros nos hablan. Lo que no saben algunos es que los libros también hablan entre ellos. Es probable que usted sí lo sabe, porque ya se ha mostrado ser “un lector con talento” como diría Vila-Matas. La prueba es que usted ha seguido hasta aquí con precisamente este texto, superando sin mayores problemas las digresiones y despistes, como ese desvío por los Andes de hace medio milenio antes de traerlo de vuelta a nuestra época y la cuestión de la lectura. Definitivamente, es usted un lector con talento. No como el pobre Atahualpa, ni como Pizarro que tampoco sabía leer pero venía de una cultura que sí sabía.

Pero dejemos a Atahualpa y a Pizarro -los dos terminaron muy mal, y hace mucho tiempo- porque veo que usted, a pesar de todo su talento demostrado, se impacienta. Seguiremos.

Otra vez, como decíamos, y como seguramente usted ha podido comprobar, los libros suelen conversar entre ellos. ¿Cuántas veces no ha entrado usted en su biblioteca personal, entre libros leídos y no leídos, algunos escogidos y otros meramente tolerados por usted, que se yerguen o descansan en filas más o menos ordenadas o desordenadas, para sorprender una animada discusión entre, pongamos por ejemplo, el *Ulises* de James Joyce y *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud? O cualquier otra conversación. Ya sé, su caso puede ser diferente, cada biblioteca es un mundo y los protagonistas y

los temas variarían, sólo le pongo un ejemplo que recién pasó aquí.

Algunas veces la gritería se pone insoportable, y hay que quitar del medio a por lo menos uno de ellos para restaurar la tranquilidad. Y si los libros son capaces de gritarnos cuando los hojearmos u ojeamos, ¿no cree que hablan entre ellos aún cuando no hay ningún lector presente?

Pues sí. Y le puedo asegurar que precisamente esto ocurre aún entre los libros que todavía no han sido leídos por nadie más que sus respectivos autores, y entre otros, olvidados, que no lo han sido por muchos años. Lo sé, porque es lo que ocurre aquí, en esta rebotica de una pequeña editorial cuyo nombre no divulgaré. Aquí, si usted entrara, vería muchos libros apilados, algunos apenas mirados por un corrector de pruebas y otros ni eso. Algunos caídos al suelo o perdidos detrás de los archiveros. Algunos, los más recién llegados, nerviosos, en espera de ser mirados y rechazados o publicados. Éstos gritan más duro, queriendo hacer saber su importancia a todos los otros libros. Otros, más veteranos o sencillamente más cansados por la larga espera, se limitan a breves comentarios sardónicos, graciosos o a veces crueles, a expensas de aquellos más fanáticos. Y a diferencia de lo que ocurre en, por ejemplo, la biblioteca personal que usted puede tener en su casa, son salidas de muy mal gusto e inconexas, cada libro gritando lo suyo sin tomar en cuenta lo que tienen que decir sus vecinos.

Porque el problema que tenemos aquí, en esta especie de almacén o depósito de una pequeña editorial que nunca fue muy grande y ahora está venida a menos, es que hasta ahora, nosotros los libros no nos conocemos. Hace falta un lector para presentarnos unos a los otros, juntando los que tendrían algo que decir unos a los otros. El intercambio entre *Ulises* y *La interpretación de los sueños*, tan prometedor, no pudo llegar a buen puerto, sin nadie para encauzarlo. Y aquí se encuentra un libro que recita sus recetas de cocina rápida al lado de uno que sólo se interesa en explicar el *tao* de Lao Tsé, y resulta pura algarabía.

La triste verdad es que nosotros, los libros olvidados y los que seguimos esperando la primera vista de un editor, no tenemos gran simpatía los unos para los otros. Y nos desesperamos, por lo menos yo. O así era, hasta el momento en que usted levantó estas hojas y empezó a escucharme. Ahora sí, por fin, puedo empezar a hablar con todos los otros libros que guarda usted en su memoria. ¡Gracias!

Las cosas buenas de Andalucía

Los cantaores de cante jondo cuando se estremecen
en orgásmico estruendo;
Un melocotón maduro y sabroso, cuando viene regalado
por el frutero de Fiñana;
La cara de una anciana del mismo pueblo, cuando sus
arrugas
se multiplican en generosa sonrisa
para instruirme como trepar a los techos de las casas,
es decir, a las ruinas de la alcazaba,
por una escalera que seguramente voy a encontrar por
otro de los intrincados callejones llenos de gatos
en el inverosímil cerro de casas, cuevas, castillo
y árboles aluminiados de las antenas de televisores
en el medieval modernísimo de Fiñana;
La torre de Vélez Blanco,
cuando se oye el tintineo de una orquesta ovejuna
con coro de cantaores lanudos (barítonos todos);
El mar, cuando finalmente acepta mi cuerpo que ha
repulsado con oleada furiosa;
La Alhambra, cuando aparecen zahoríes con claveles;
Los poetas de Andarax enredados y ahogándose en el
efluvio de sus pequeños yos, cuidados y protegidos del
mundo vulgar cual violetas africanas en casa de burguesa
ociosa,
cuando se callan (pero no se quieren callar).

España agosto 1981

Baltasar Lotroyo nació el 24 de julio 1963 en un barrio de Valencia, Venezuela. Actualmente reside en Carboneras, Almería, España, donde comparte casa y cabeza con Geoffrey Fox.

Otros relatos de Baltasar Lotroyo se encuentran en las antologías *Con el mar de fondo* y *Lo demás es oscuridad*

Diseño Ernesto Pedalino

